



LA CAIDA DE ANA E ISABEL DEL CABALLO BLANCO DE EVA

En una era de Moradillo de Roa, Burgos, estaba yo leyendo sobre el Cruzamiento entre una Drosophila hembra con ojos rojos y un

macho de ojos blancos del que se obtiene en la primera generación filial sólo ejemplares con ojos rojos, tanto machos como hembras; en la segunda generación, el 75% de los individuos tiene los ojos rojos y el 25% los tiene blancos; pero estos últimos son todos machos, cuando, de repente, oí relinchar, despedir o emitir su voz el relindo caballo blanco de Eva, lanzando por los aires, al mismo tiempo flameando sus patas delanteras, a sus primas Ana e Isabel quienes, por suerte, cayeron sobre yerba, flores y juncos sin hacerse daño alguno de consideración.

Yo creo que al caballo le picó una mosca, de esas que llaman “cojoneras”; que vio alguna rata gris, que le pareció un conejo de orejas largas; o que Rebuzzó un Asno que a la husma le andaba a una Jumenta por el camino que va hacia Fuentenebro, pasado el Charco de las Ranas, donde, según cuentan los del pueblo, el Asno montó a la Jumenta con puntualidad y exactitud, fiel y exacto en el cumplimiento del deber, mostrándose como el fenómeno que es de entre los seres vivientes.

La gente del pueblo vino y se arremolinó por saber qué es lo que había sucedido; preguntando si las jóvenes habían sufrido algún daño. El caballo era alto de relieve, y las jóvenes resaltaban muy marcadamente que no habían sufrido en la caída. Eva ciñó más estrechamente su caballo, le montó y, como una potestad que gobierna y dirige un animal tan lindo, marchó hacia La Sequera, moviéndose con el viento, mostrándose excelente en sus acciones.

Al día siguiente, Ana e Isabel sintieron dolor o achaque de alguna costilla que se lastimaron en el accidente. Ahora, en este instante, estaban ayudando a su abuela a llenar de carne picada o de otros ingredientes, Ana un ave; Isabel, un pastel. Mientras tanto, yo machacaba la punta de un clavo en la pared después de clavado para darle mayor firmeza a martillazos, y que no pudiera dañar alguna prenda que estaba colgada en el perchero.

El abuelo y los demás habían marchado a las Viñas, a trabajarlas con fatiga y afán, “como dios manda”, como decía la abuela.

-Daniel de Culla